

Guadalupe en la religiosidad del pueblo de México

Non fecit taliter omnis natio (Tercera Parte)

Javier García

Profesor emérito del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

Introducción

En las dos entregas anteriores hemos analizado la religiosidad popular guadalupana de México en sus raíces autóctonas (Cf. *Ecclesia* n. 2011, y n. 2011). En este tercero y último estudio presentamos la religiosidad guadalupana en sus variadas y variopintas expresiones populares y en las declaraciones oficiales eclesiológicas, civiles y culturales de México. La exposición comprende las dos últimas partes de todo el artículo.

Segunda Parte: LAS MANIFESTACIONES POPULARES DE ESTA IDENTIFICACIÓN GUADALUPANA

Ahora solo nos queda hacer una descripción alusiva a las tantas manifestaciones populares de esta “identificación guadalupana” del pueblo de México. Muy pocos son los casos -quizá ninguno- en que todo un pueblo, a lo largo y ancho de su territorio, arriba y abajo en sus estamentos sociales, haya hecho una apropiación más completa de un símbolo como lo ha hecho el pueblo mexicano con la imagen y la realidad de la Virgen de Guadalupe. Doy unas someras pinceladas describiendo este fenómeno directamente de la vida diaria de los mexicanos - es quizá la parte más fácil y gustosa de esta relación, pues me basta tomar de la “paleta” de la realidad los colores de este cuadro -. Para dar una elemental estructura de orden a la avalancha de datos, los organizaré en tres niveles, social, familiar e individual.

A nivel social

Recojo datos que superan el ámbito individual y familiar para fijarme en los que tienen alcance nacional. Aquí encontramos la geografía de México -y pienso que también de otros países del continente- sembrado de templos y capillas dedicados a Nuestra Señora de Guadalupe. La Virgen de Guadalupe protege al pueblo de México con su imagen en hornacinas, mosaicos, calles,

caminos, jardines y fuentes. También es costumbre que la imagen de la Virgen de Guadalupe tenga su altarcito o un cuadro en la nave de la fábrica, en el taller de trabajo o en el taxi. Cuando se sale en grupo a misionar, antes se va la basílica para encomendarse a la Madre de Dios.

En cuanto a los *modos* de expresión de esta devoción guadalupana, los hay desde los más clásicos, como la poesía, el teatro, la música, la danza, la pintura, la escultura o la arquitectura, hasta los más modernos como las películas o los montajes electrónicos. En México se da también el espectáculo colectivo del 12 de diciembre, con el canto de “Las Mañanitas” a la Virgen, como ya lo hemos dicho mas arriba. ¡Todo un pueblo reunido en torno a la Virgen de Guadalupe, físicamente, o por radio y TV!

Fenómeno social es también la **peregrinación** al santuario de Guadalupe individualmente, en familias, parroquias, diócesis, provincias eclesiásticas; asimismo escuelas, fábricas, gremios, pueblos y municipios, asociaciones civiles todo mundo por lo menos una vez en la ida peregrina a los pies de la Señora del Tepeyac. Peregrinar es a la vez uno de los modos más antiguos con el que se empezó a honrar a Tonantzin Guadalupe. En efecto, poco tiempo después de las apariciones, Fray Bernardino de Sahagún escribía un poco alarmado:

“Cerca de los montes hay tres o cuatro lugares donde solían hacer muy solemnes sacrificios, y que venía a ellos de muy lejas tierras. El uno de estos es aquí en México, donde está un montecillo que se llama Tepeacac, y los españoles llaman Tepeaquilla, y ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe; en este lugar tenían un templo dedicado a la madre de los dioses que llamaban Tonantzin, que quiere decir Nuestra Madre; allí hacían muchos sacrificios a honra de esta diosa, y venían a ellos de muy lejas tierras de más de veinte leguas, de todas estas comarcas de México, y traían muchas ofrendas; venían hombre y mujeres, mozos y mozas a estas fiestas; era grande el concurso de gente en estos días, y todos decían: vamos a la fiesta de Tonnatzin, y ahora que está allí edificada la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe también la llaman Tonantzin, tomada ocasión de los Predicadores que a Nuestra Señora la Madre de Dios la llaman Tonantzin¹.

¹ Fray Bernardino de Sahagún, “*Historia general de las cosas de la Nueva España*”, México, Porrúa 1956, vol.III, p. 352. Tomo la cita de José Manuel Villalpando, *La Virgen de Guadalupe: una biografía*, México, D.F., ed. Planeta, 1994, p. 42.

Ya desde el primer traslado del ayate de Juan Diego, del Templo Mayor, en el Zócalo, a la primera ermita en el Tepeyac, dicen los cronistas que acudió todo México, no solo los indios, sino también los españoles, el obispo y el virrey y los religiosos, como lo muestra el cuadro anónimo del siglo XVII titulado “Traslado de la imagen de la Virgen de Guadalupe a la primera ermita y primer milagro². En la actualidad es ya tradición que una vez al año cada diócesis de México realice una peregrinación a la Basílica de Guadalupe y, por supuesto, el 12 de diciembre el río de peregrinos rompe todos los cauces: se calcula que ese día acuden a la basílica dos millones de peregrinos.

Me tocó en febrero de 2010 esperar cuarenta minutos embotellado en medio del tráfico de la ciudad de Toluca esperando que pasaran los 92.000 peregrinos que partían a pie hacia la Basílica de Guadalupe: caminaban de diez en fondo, con estandartes de la Virgen de Guadalupe, de sus parroquias y asociaciones, con la banderas de México, acompañados de música. Y conozco a un jardinero de una de nuestras casas de la Ciudad de México que cada año durante más de treinta años nunca ha faltado a la peregrinación desde su pueblo, en el Estado de Querétaro, en una marcha que dura varios días.

¿Qué fuerza invisible mueve a estos peregrinos? Son ante todo motivos de la fe y del corazón: van a agradecer a la Virgencita un favor, a cumplir una manda, o a pedirle nueva gracia; quieren honrarla como a la Madre de Dios y Madre de cada uno de nosotros, quieren ir a verla siempre que es posible, porque somos sus hijos -es una visita de amor- en la que aprovechan para confesarse y comulgar.

La peregrinación como imagen de la vida del hombre y de la mujer, peregrinos en esta tierra hacia la casa paterna definitiva, hacer fiesta, crear jolgorio, porque la cercanía de nuestra Madre nos produce alegría y contento. El Santuario de Guadalupe ha llegado a ser no solo meta de peregrinación de millones de mexicanos, sino también lugar de celebración de la fe de miles de creyentes del mundo entero. Con sus veinte millones de peregrinos cada año Guadalupe es con mucho el santuario más visitado en todo el mundo.

A nivel familiar

A nivel familiar la devoción guadalupana ha llegado a ser algo doméstico y entrañable. En todos los grandes momentos humanos de una familia, como

² Ver, por ejemplo, “*Miradas guadalupanas*”, ed. Conaculta, Promoción cultural Guadalupe, Ed. Jus, México, D.F., 2003, pp. 160-161.

el nacer, el crecer, el rezar, el festejar, el sufrir y el morir, está presente la Virgen Morena. A Ella se le reza el rosario en familia, se enciende una lamparita o una veladora ante su imagen por una intención familiar, a las muchachas y también a los jóvenes se les obsequia una medalla de la Virgen de Guadalupe con su respectiva cadenita para que la llevan al cuello; cuando algún miembro de la familia enferma de gravedad, normalmente la madre hace una manda a la Virgen de Guadalupe como ir descalza o de rodillas a su santuario. Cuando se celebran los quince años de la niña, se tiene una misa y se deposita el ramo de flores recibido a los pies de la Virgencita. Cuando se supera un examen de grado es también tradición entre los estudiantes el celebrar una misa con toda la clase y visitar a la Virgencita.

Conmueve ver entrar en la Basílica de Guadalupe a la familia al completo para visitar a la Virgen, darle gracias por un favor, encomendarle otro nuevo. Hay tradiciones antiguas y las hay relativamente recientes; entre éstas, el “juramento a la Virgencita” cuando alguien quiere salir de una adicción al alcohol, al juego, a la droga. Otra, es “la Virgen peregrina” que cuenta con un ritual bien articulado: su imagen permanece con la familia agraciada por unos días, se invita a los vecinos a rezar el rosario, se le enciende una veladora y se ora por cada miembro de la familia; se invita a rezar por el Papa, a colaborar con el obispo y con el párroco, a abrirse a la vida, a promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, a dar testimonio del amor cristiano como en la primitiva comunidad: “¡mirad como se aman!”.

A nivel personal

Y está la devoción guadalupana, la “identificación guadalupana”, hecha por cada persona individualmente. Aquí lo podríamos describir en diversos niveles: uno más visible, como el gusto por llevar una imagen de la Virgen en la camiseta o en la cachucha, en una medalla colgada al cuello o en un abalorio al modo de un souvenir; procurarse un cuadro de la Virgen para la propia habitación u oficina de trabajo, o construir una imagen guadalupana en un muro con teselas de mayólica; incluso entre los jóvenes hay quienes se infligen tatuajes en el brazo, en el pecho o en la espalda, con la imagen de la Virgen de Guadalupe: pienso que nadie lo asociará a los duros sacrificios aztecas, sino que verá en ello un modo juvenil de expresar la devoción a María, cuya imagen, además de en el corazón, quieren grabar también en su piel.

Hay otro nivel no tan visible, pero no menos genuino, el de las miradas que el peregrino dirige a la imagen original de la Basílica de Guadalupe, mientras el tapete móvil lo va llevando bajo el cuadro por no más de sesenta se-

gundos; es una mirada cargada de silencio y de súplicas como gritos de esperanza; los gestos silenciosos y elocuentes de quien toca el cuadro de la Virgencita y luego se santigua, o de quien le enciende una veladora suplicante. Y en el nivel del corazón está quien le lleva un ramo de rosas, quien le hace una manda, quien acude a cumplirla o a darle gracias. Los modos de expresar y vivir el amor a la Morenita son tan variados como múltiples son los rostros de las personas, cada cual con su propio perfil³.

Tercera Parte. IDENTIFICACIÓN GUADALUPANA OFICIAL

En este apartado queremos hablar de algunas muestras de esta identificación guadalupana también a nivel oficial, sea eclesiástico como civil, iconográfico, oratorio o poético.

“Non fecit taliter omni nationi”

Ya hemos aludido al principio al emblema que Miguel Cabrera pintó, a mediados del siglo XVIII, en uno de sus cuadros de la Virgen de Guadalupe: “*Non fecit taliter omni nationi*” (Salmo 47, 20). Entre las fuentes literarias, el primero que recoge este moto fue el jesuita Francisco de Florencia, que titula su libro de 1688: “La estrella de el norte de México: *non fecit taliter omni nationi*”. En dicho libro escribe: “sólo México se alza por privilegio especial de esta Sagrada Imagen con el blasón singular “*non fecit taliter omni nationi*”. No se sabe exactamente el momento en que esta divisa fue incluida en las imágenes originales, pero a mediados del siglo XVIII ya formaba parte importante de la iconografía guadalupana. El historiador Antonio Pompa y Pompa anota la posibilidad de que ya desde la época del Papa Alejandro VII (1655 a 1667) se hayan acuñado medallas guadalupanas con ese versículo.

Tal emblema recoge el primer hemistiquio del versículo 20 del Salmo 147, que, completo, reza así: “*No hizo nada semejante con ninguna otra nación / ni una sola sus juicios conoció*”. Se trata de un salmo de alabanza a Dios

³ Para captar algo de las variadísimas expresiones populares en torno a la Virgen de Guadalupe, se pueden consultar diversas obras. Por ejemplo, Zarebcka Carla y Gómez de Tuddo Alejandro, “*Guadalupe*”, ed. Mexico 2002. Colle Marie-Pierre, *Guadalupe. Body and Soul*, The Vendome Press, New York 2005. Lavin María José y Mónica, *Miradas guadalupanas*, Ed. Conaculta et alii, México 2003, pp. 14-34 y 170-221.

Todopoderoso, en el que el salmista ensalza a Yavé como liberador de Israel, Creador, amigo de los “pobres o pequeños” de Israel. La segunda parte del salmo, a partir del versículo 12 corresponde en la Vulgata al salmo 147. Inicia con el versículo: “*¡Celebra a Yavé, Jerusalén, alaba a tu Dios, Sión!*”, que da pie a los Padres de la Iglesia para aplicar esta segunda parte del salmo a la nueva Jerusalén, es decir, a la Iglesia.

El versículo subraya, pues, el hecho de que los designios de Yave no son revelados a los gentiles y sí lo son, en cambio, a Israel: “*Él revela a Jacob su palabra / no hizo nada semejante con ninguna otra nación / ni una sola sus juicios conoció*”. En realidad, el versículo se hace eco de Moisés que en el Deuteronomio relata la condescendencia con que se acerca Dios a su pueblo, en medio del cual llega a poner su tienda (Dt 4,7). El grado máximo de cercanía entre Dios y su pueblo lo afirmará el evangelista Juan al proclamar: “*Y la Palabra se hizo carne / y puso su tienda entre nosotros*” (Jn 1,14), precisamente en la santa humanidad de Cristo.

El emblema que suele acompañar la imagen de Guadalupe subraya, pues, la condescendencia de Dios al querer que su Madre, bajo su imagen de María de Guadalupe, “habitara” entre los mexicanos. Hay que reconocer aquí el acierto de los asesores teológicos del gran arquitecto Pedro Ramírez Vázquez al sugerirle la forma de tienda para la traza de la nueva basílica de Guadalupe: como en el Antiguo Testamento Yavé acompañaba a los israelitas acampando entre ellos en su propia tienda, así María de Guadalupe, la Madre del Dios encarnado, pone su tienda en medio del pueblo mexicano y camina con él. El salmo da pie para que en el ánimo del pueblo mexicano se cree una atmósfera de pueblo elegido por María: sentirlo y decirlo hoy en día no sería “religiosamente correcto”. En realidad, sabemos que Guadalupe es patrimonio de todo el continente americano.

Ha habido también momentos en la historia del pueblo mexicano en que los gobernantes de turno han decidido dar a la Virgen de Guadalupe un rango nacional oficial. Hagamos un breve recorrido sobre el patronato de la Virgen de Guadalupe, sobre las invocaciones nacionales que se le han hecho, sobre la oratoria y la teología que exalta su primacía, sobre la iconografía que la representa con distintivos patrios y sobre la poesía que la exalta como el fénix de la Nueva España ⁴.

⁴ Ver “El momento guadalupano”, de D. Brading, en “*Miradas Guadalupanas*”, Conaculta, Promoción cultural guadalupana, A.C., Editorial Jus, México 2003, pp. 145-169.

Patronato de la Virgen de Guadalupe

Empezamos con el juramento que aclamaba a Nuestra Señora de Guadalupe como principal patrona de la capital, primero, y después de todos los reinos de la Nueva España. El 27 de abril de 1737 los regidores Felipe Cayetano Medina y Sarabia, y José Francisco de Aguirre y Espinosa se encontraron con el arcediano Alonso Moreno y Castro y con el canónigo Bartolomé Felipe de Ita y Parra, para prestar solemne juramento, en representación de sus respectivos cabildos, el ayuntamiento de la ciudad y el capítulo catedralicio, para aclamar a Nuestra Señora de Guadalupe como principal patrona de la capital. La causa y estímulo inmediato fue una rogativa para alcanzar la ayuda de la Virgen María contra la epidemia de peste que había asolado a la ciudad en los meses precedentes.

De este patronato capitalino, acogido con tanto entusiasmo por toda la ciudad, se pasó a la invitación de ayuntamientos y capítulos catedralicios de todo el territorio del virreinato de Nueva España, con respuesta igualmente entusiasta y masiva. De esa época provienen las imágenes de la Virgen de Guadalupe representada con las armas de México.

El 25 de mayo de 1754 Benedicto XIV aprobó la elección de Nuestra Señora de Guadalupe como principal patrona de Nueva España y transfirió su celebración oficial al 12 de diciembre, concediéndole su propio oficio “con rito doble de primera clase y octava”⁵. En 1894 los obispos mexicanos obtuvieron la concesión por parte de la Congregación de Ritos de la coronación canónica de la Virgen de Guadalupe.

En el Museo de la Basílica de Guadalupe hay un cuadro de la Virgen que al inicio del México independiente presidió el aula del Congreso de la nación. En su reverso lleva la siguiente inscripción: “*El Cabildo de la insigne imperial colegiata de Santa María de Guadalupe presentó esta sagrada imagen de la poderosa Patrona del Imperio al soberano Congreso Constituyente Mexicano para que se colocase en el salón a consecuencia del artículo sexto aprobado por su gobierno interior a 11 de julio de 1822 segundo de la independencia. Está tocada del original*”⁶.

Y, en el año 1999, Juan Pablo II la proclamó en México Patrona de América, cuando fue a firmar y presentar la Exhortación Apostólica Postsinodal “*Ecclesia in America*”.

⁵ Sigo a D. Brading, en l.c., p. 146.

⁶ En Luque Agraz y Michele Beltrán “La Virgen de Guadalupe como patrona del arte”, en “*Virgen de Guadalupe*”, Guía de México Desconocido, México, D.F., 2001, p. 60.

Invocación nacional a la Virgen de Guadalupe

El historiador Jean Meyer dice que en el inicio mismo de la insurrección independentista, “el cura Miguel Hidalgo tomó como bandera de su causa el icono guadalupano y el cura José María Morelos hizo lo mismo, quien atribuyó a la Virgen sus mayores victorias; tomó sus colores azul y blanco (sic), la proclamó patrona nacional y decretó que el 12 de diciembre sería un día de fiesta nacional, decisión retomada y confirmada muchos años después por el presidente Benito Juárez”⁷.

El 8 de Mayo de 1847, frente a la invasión norteamericana, el arzobispo de México llamó a todos los mexicanos a la unión contra el enemigo invasor ya que “*nuestra obligación como mexicanos es dirigir (a Dios) nuestros fervientes ruegos por conducto de la divina Señora que en el Tepeyac dijo al felicísimo indígena Juan Diego: “si es que de veras amáis a los dos objetos más caros para el corazón humano, cuales son Dios y la patria”*”⁸.

Y en 1862-1863, a la hora de la intervención francesa, México volvió a encomendarse a la Virgen morena y el Cabildo de la Catedral de Guadalajara llamó a la resistencia nacional a los católicos contra el invasor⁹.

Al México profundo, al pueblo sencillo le tocó “volver a invocar a su Madre del Tepeyac, a la hora de una de las mayores pruebas de su historia, una historia demasiadas veces trágica, a la hora del conflicto religioso, especialmente entre 1926 y 1929: la hora de la cristiada o guerra cristera, cuyo santo y seña era: “¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe!”¹⁰.

Iconografía

En la iconografía y en la literatura guadalupana son documentos elocuentes algunos cuadros y escritos que asocian la Virgen a simbologías nacionales. Ya hemos hablado “del P. Florencia que dio a la aparición la calidad de símbolo nacional con la ya citada divisa “*non fecit taliter omni nationi*””: con esta

⁷ Jean Meyer, en “La Virgen de Guadalupe y la identidad nacional de México”, en “*Miradas Guadalupanas*”, Conaculta, Promoción Cultural Guadalupe, A.C., y Ed. Jus, México, D.F., 2003, pp. 38-39.

⁸ L.c., p. 39.

⁹ L.c., p. 39.

¹⁰ L.c., p. 42.

distinción señaló Florencia el patrocinio exclusivo de la Madre de Dios sobre los fieles de la Nueva España”¹¹.

Hay una representación pictórica que muestra a la Virgen de Guadalupe mientras recibe el homenaje de las personificaciones de Europa y América que, como reinas, ofrecen a la Virgen una corona regia y las armas del escudo de México respectivamente. Así un cuadro anónimo del siglo XVIII es llamado “Imagen conmemorativa de la jura del Patronato de la Virgen de Guadalupe sobre Nueva España”¹².

En la iconografía novohispana podemos también encontrar plasmada en colores la conciencia de pueblo elegido que tienen los mexicanos -indios, criollos y mestizos- representando a la Virgen de Guadalupe con los atributos más excelsos que se puedan imaginar. Hagamos un somero recorrido.

- Está la representación de la Virgen de Guadalupe coronada por la Santísima Trinidad, representación que se puede ver en diversas versiones de varios autores, por ejemplo, el óleo sobre tela, de pintor anónimo, que se encuentra en el Museo Franz Meyer.

- La Virgen de Guadalupe como la mujer del capítulo 12 del Apocalipsis: normalmente la acompaña Juan Evangelista en actitud contemplativa en Patmos: ver en el mismo cuadro arriba aludido.

- La Virgen de Guadalupe y el escudo nacional: el historiador Francisco de la Maza ve en las manifestaciones artísticas novohispanas del siglo XVIII los primeros afanes independentistas de criollos y mestizos, cuando representan a la Virgen de Guadalupe con el escudo nacional del águila sobre el nopal¹³.

- Punto señero de la imaginación teológica novohispana es el lienzo anónimo que decora el testero de la sacristía del Santuario de Guadalupe en Acámbaro, Guanajuato: el artista pintó el árbol genealógico de la Virgen María y de Jesús, quien aparece en la cúspide coronando a su Madre en su advocación de Guadalupe, bajo la presencia de Dios Padre y del Espíritu Santo¹⁴.

- También es posible encontrar cuadros con la imagen de Guadalupe como obra de una de las tres divinas personas de la Trinidad, para explicar -al modo

¹¹ Elin Luque Agraz y Michele Beltrán, en o.c., p. 70.

¹² O.c., p. 72.

¹³ Francisco de la Maza, “*El guadalupanismo mexicano*”, FCE, México, D.F. 1982, pp. 183-184.

¹⁴ Sigo a María del Carmen Maquívar, en “Pinceladas guadalupanas novohispanas”, en “*Miradas guadalupanas*”, o.c., p. 114.

humano- el origen y autoría de la imagen estampada en el ayate del indio Juan Diego: la iconografía presenta a una de las tres divinas personas trabajando en el taller celestial mientras pinta la imagen de la Virgen de Guadalupe. En unas aparece diseñando el Padre Eterno, en otras, el Hijo se ha hecho pintor; en otras, es el mismo Espíritu Santo quien “copia” a la Virgen que “posa” en algún lugar que sólo Él puede ver¹⁵.

Teología y oratoria

También la teología y la oratoria compiten por ensalzar el primado de Santa María de Guadalupe. Así Miguel Sánchez hace nacer a la Virgen María en México, aunque su linaje sea del Viejo Mundo, declarándola criolla en su obra *“Imagen de la Virgen María Madre de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la Ciudad de México. Celebrada en su historia, con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis”* (1648). A María Santísima le señala, pues, nueva patria, que sería México, y hace de cada mexicano -indio, criollo o mestizo-, paisano de María Santísima. Continúa el escritor Gabriel Zaid comentando la obra de M. Sánchez:

“Esta teología desató el entusiasmo creador de la sociedad novohispana. El guadalupanismo, que había sido un fervor de la cultura popular, se extendió a toda la sociedad, se volvió una hermenéutica fundadora que daba a todos una razón de ser: fervorosa, afirmativa, esperanzadora y hasta presumida. Una nueva nación así fundada tenía que estar destinada a grandes cosas, tenía algo de pueblo elegido. El entusiasmo se prolongó más de un siglo y dejó a México sembrado de creencias, tradiciones, artesanías y obras de una inteligencia que se sentía a la par de la inteligencia europea. Francisco de la Maza y Octavio paz, que no creían en las apariciones, afirmaron que el guadalupanismo y el barroco mexicano fueron creaciones de una originalidad sorprendente, en comparación con todo el orbe hispánico y occidental”¹⁶.

¹⁵ Jaime Cuadriello habla eruditamente sobre la iconografía y las fuentes literarias de esta audaz representación guadalupana. Ver “El Obrador Trinitario o María de Guadalupe concebida en idea, imagen y materia”, en *“El Divino También la teología y la oratoria compiten por ensalzar el primado de Santa María de Guadalupe. Pintor: la creación de Guadalupe en el taller celestial”*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe”, 2001, pp. 61-205.

¹⁶ G. Zaid, “Musas del Tepeyac”, en *“Miradas guadalupanas”*, Conaculta, Promoción Cultural Guadalupe, A.C., Ed. Jus, México, D.F., 2003, p. 86.

La oratoria de los predicadores novohispanos alcanzó la cúspide de la audacia en el sermón del doctor José Vidal de Figueroa, oriundo de México, titulado *“Theórica de la prodigiosa imagen de la Virgen Santa de Guadalupe de México en un discurso teológico”* (publicado en 1661). En él pretende nada menos que hacer de Santa María de Guadalupe la representación material de la idea que Dios tenía en su mente del ser humano hecho a imagen y semejanza de Dios: el nuevo Adán, el Hijo encarnado como el Cristo histórico; la nueva Eva, como María Inmaculada bajo su advocación de Guadalupe. No sé si los mariólogos aprobarían toda la armazón teológica subyacente, pero queda allí como muestra de una devoción guadalupana conmovedora, si no fuera un tanto exaltada¹⁷.

El jesuita Juan de Goicoechea, en el sermón que celebra la inauguración del nuevo santuario del Tepeyac, en 1709, además de comparar a María de Guadalupe con el arca de la alianza que Salomón depositara en el templo de Jerusalén, da un paso más allá que cae en la exageración teológica: compara la imagen de Guadalupe con la Eucaristía, llamándola “imagen del sacramento y sacramento de las imágenes”: como en la transustanciación el pan y el vino se transforman en el cuerpo y en la sangre de Cristo sin que cambien el aspecto y los accidentes del pan y del vino, Goicoechea afirma que los accidentes de la pintura guadalupana —color, forma, diseño— se sostienen como en el aire sin el sujeto —de la materialidad desconocida de los pigmentos—. Hay que decir que solo el fervor y el entusiasmo por María de Guadalupe lo libran de incurrir en la heterodoxia¹⁸.

El dominico Juan de Villa Sánchez en el sermón que pronunció en el Hospital del Amor de Dios, en la ciudad de México, en 1713, establece una peregrina comparación entre la Virgen del Popolo, de Roma, la de Guadalupe, de Extremadura, y la de Guadalupe del Tepeyac: las dos primeras tienen por autor a San Lucas, mientras que fue Dios mismo quien envió a la Virgen mexicana a América para convertir a sus pueblos. Hay que decir que en esto último anticipó casi tres siglos a los obispos de América Latina que en las Conferencias Generales de Puebla, Santo Domingo y Aparecida llamarán a María de Guada-

¹⁷ En Jaime Cuadriello, “El signo y su significado, en el primer sermón guadalupano”, en *“Visiones guadalupanas”*, o.c., p. 123-144. Ver el original, en edición facsimilar en *“Nueve Sermones Guadalupanos (1661-1758)”*, Selección y estudio introductorio de David A. Brading, pp. 55-91, Ed. Centro de Estudios de Historia de México Condumex, Chimalistac, México D.F. 2005.

¹⁸ Cf. O.c. pp. 117-119.

lupe “Primera evangelizadora de América”. Sin embargo, cae Juan de Villa Sánchez en el atrevimiento teológico excesivo cuando afirma que Dios tomó la copia de Guadalupe “*de la misma hermosura del mismo rostro de la soberana persona de María [...] María Santísima y su Imagen de Guadalupe son dos retratos gemelos, mellizos sacados por la misma omnipotente mano, trasumptados de aquel original que tiene Dios en sí mismo*”¹⁹.

El docto jesuita Francisco Javier Lazcano, en su “*Zodiaco mariano*”, de 1750, siguiendo a Miguel Sánchez en su “*Imagen de la Virgen María*”, identificaba a Juan Diego ante la aparición del Tepeyac con Moisés ante la zarza ardiente. En una constelación extraordinaria de figuras bíblicas, la aparición de Guadalupe en México viene a ser un acontecimiento decisivo para toda la Iglesia²⁰.

Digamos que en ocasiones fue el entusiasmo de la devoción más que el rigor teológico quien dictó estas afirmaciones excesivas en loor de la Virgen de Guadalupe. Tal fervor quedará también reflejado en las diversas representaciones iconográficas en torno al evento de Guadalupe.

Poesía

También en la tradición literaria y poética del pueblo de México existe la consciencia de ser un pueblo privilegiado al ver a Santa María de Guadalupe como el ave fénix que renace del fuego y de las cenizas: su imagen surge del polvo de las rosas. Ver, por ejemplo, en el soneto del poeta Luis de Sandoval Zapata (Colima 1618 a 1671), el último terceto:

“El astro de los pájaros expira,
 Aquella alada eternidad del viento,
 Y entre la exhalación del monumento
 Víctima arde olorosa de la pira.
 En grande hoy metamórfosis se admira
 Mortaja, a cada flor mas lucimiento:

¹⁹ Cf. O.c., pp. 138-140.

²⁰ Ver Brading, en “El momento guadalupano”, en “*Miradas guadalupanas*”, o.c., pp. 166-167.

Vive en el lienzo racional aliento
El ámbar vegetal que respira.
Retratan a María sus colores.
Corre, cuando la luz del sol las hiere,
De aquestas sombras envidioso el día.
“Más dichosas que el fénix, morís flores
que él, para nacer pluma, polvo muere;
Pero vosotras para ser María”.

Este soneto habría sido compuesto hacia mitad del siglo XVII con un título que Gabriel Zaid califica de “suntuoso”: “*A la transubstanciación admirable de las rosas en la peregrina imagen de nuestra señora de Guadalupe. Vencen las rosas al fénix*”: como se ve, estamos en plena atmósfera barroca.

Asimismo a mitad del siglo XVII el gran polígrafo jesuita, Carlos de Sigüenza y Góngora, sobrino del poeta conceptista español Luis de Góngora y Argote, publicó “*Primavera indiana, poema sacro-histórico. Idea de María Santísima de Guadalupe de México, copiada de flores*”: es un poema de 98 octavas reales, escrito a los 23 años, cuando un joven se cree capaz de los mayores ardimientos. Es un poema que más parece manto regio por los bordados de seda de tantas y tan coloridas metáforas. Al ayate de Juan Diego, pintado con rosas de Castilla, lo llama “portátil primavera”.

Y puestos a cantar las glorias de María de Guadalupe, valen todos los excesos: Francisco de Castro, otro jesuita, escribe un poema de 253 octavas reales -¡2024 versos!-, que titula: “*La octava Maravilla y sin segundo milagro de México, perpetrado en las rosas de Guadalupe*”. Sor Juan Inés de la Cruz quedó tan impresionada del imponente poema, que dedica al autor un soneto en el que le viene a decir: el cielo que copió hermosamente la Virgen en la tilma, la copia por segunda vez en tus versos:

“La compuesta de flores Maravilla,
divina protectora americana,
que a ser se pasa rosa mexicana
apareciendo rosa de Castilla;

la que en vez del dragón (de quien humilla
cerviz rebelde en Patmos), huella ufana
hasta aquí inteligencia soberana,
de su pura grandeza pura silla;
ya el Cielo, que la copia misterioso,
segunda vez sus señas celestiales
en guarismos de flores claro suma;
pues no menos le dan traslado hermoso
las flores de tus versos sin iguales:
la maravilla de tu culta pluma”.

Sor Juana recoge en este soneto una alusión bíblica, frecuente entre los teólogos y predicadores barrocos novohispanos, en la que ven a la Virgen de Guadalupe como la mujer del capítulo 12 del Apocalipsis luchando contra el dragón de siete cabezas. Tema tanto de poesía, sermones y tratados teológicos, cuanto de pintura²¹.

Expresión de esta tradición guadalupana, a la vez culta y popular, es el soneto de Manuel Ponce (1913-1994) con el que Zaid recapitula su recorrido de la poesía guadalupana. Es un soneto perfecto y admirable, que Ponce dedica

“Al traslado de la soberana imagen de Santa María de Guadalupe a su nueva basílica”:

“Cambias de sitio, no de primavera,
pues van a irse en pos de ti las flores,
y por la misma casa donde mores
dará principio el sol a su carrera.
Cambias de sitio, no de adoradores,
que te saben amar a su manera
y, al derretir sus almas como cera,

²¹ Se puede ver, por ejemplo, la Introducción titulada “Nuestra portada”, del libro-revista “*Visiones de Guadalupe*” n.29 y la exposición guadalupana que le sigue.

chisporrotean ensordecedores.

Ni nosotros cambiamos: adheridos
a tu cielo de astrales palideces,
te sonreímos dando gemidos,
y entretejiendo espinas a tus rosas,
te seguirán llevando nuestras preces
las mismas quejas de las mismas cosas”²².

CONCLUSIÓN

Hemos de recoger velas, pues el viaje ha sido largo. Guadalupe entra de lleno en la religiosidad o piedad popular al hundir sus raíces en el humus del pueblo de México. Cuanto se dice en la definición descriptiva de la religiosidad popular, se da antonomásticamente en el modo como el pueblo de México rinde culto a María de Guadalupe. Lo hemos visto en el fenómeno de la “identificación popular” con la imagen de la Virgen estampada en el ayate del indio Juan Diego. Repasamos el fenómeno en los grandes hitos de la historia del pueblo mexicano, en la expresión popular en todos los ámbitos de la vida social, familiar e individual; y en la misma expresión oficial en los diversos campos de la cultura. Por esto nos atrevimos a cambiar de caso gramatical en el versículo 20 del salmo 47 concluyendo que si es verdad de parte de María que “*non fecit taliter omni nationi*”, -no hizo nada igual con ningún otro pueblo-, es asimismo históricamente cierto lo correlativo “*non fecit taliter omnis natio*”, es decir, que ningún otro pueblo, como el de México ha hecho nada parecido en su devoción mariana principal.

Tal identificación nos ha servido de mosaico cuyas teselas hemos adivinado en las apariciones, en su significado teológico y antropológico, en el mensaje, en la imagen sagrada, en el nombre de la Virgen, en el mensajero indígena elegido, en fin, en la casita sagrada pedida por la Señora del Tepeyac.

Concluimos haciendo una afirmación antes que literaria, verídica como acta notarial una vez que repasamos documentos, pruebas y testigos: la Virgen de Guadalupe está en el corazón del pueblo mexicano en lo que le es más propio, su religiosidad, su historia y su cultura.

²² Gabriel Zaid, o.c., p. 91.